

Las luchas de clases y de Estado en el Sur Global¹, un campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista

La doctrina de los medios de producción se aplica a todas las razas² humanas

El texto que comenzamos a publicar aquí [traducido al español de la edición francesa de [Le Prolétaire](#)] es el informe presentado por Amadeo Bordiga en la reunión del partido en Florencia (25-26 de enero de 1958). El objetivo era reafirmar las posiciones marxistas clásicas defendidas por Lenin y apoyadas sin reservas por nuestra corriente. Como se decía en la presentación de este texto: “todas las desviaciones que aparecieron posteriormente eran también desviaciones de la tradición de la izquierda”. Esta frase se refería en particular a aquellos elementos de los que nos habíamos separado a principios de los años 50 pero que, al tiempo que reivindicaban la continuidad con la «izquierda italiana», negaban toda significación revolucionaria (se entendía que en aquella época sólo podía tratarse de revolucionarismo burgués) a las luchas anticoloniales, profesando de hecho un indiferentismo europeocentrista hacia ellas.

Casi cincuenta años más tarde, el ciclo de las revoluciones anticoloniales burguesas había llegado a su fin; allí donde no había logrado vencer, dejaba al futuro movimiento comunista el legado de sus tareas pendientes. Pero la corriente indiferente y eurocentrista sigue entre nosotros, negando toda fecundidad a las «luchas de clase de los

¹ Nota del traductor: Se ha sustituido la expresión «pueblos de color» en favor de la actualización de una expresión que, si bien no contenía ninguna connotación xenófoba en el texto original, a día de hoy merece la pena ser reemplazada por otras.

² Ndt: Lo mismo ocurre con el concepto «raza», aunque en este caso preferimos mantenerlo para mantener el sentido original del texto, que no deja de ser un ataque directo al ideal supremacista occidental.

pueblos de color». Hoy, como en el pasado, representa una desviación fatal del marxismo.

El devenir del marxismo

Querer vincular la realización del programa socialista a los acontecimientos del movimiento histórico de una sola de las grandes razas de la especie humana, la raza blanca -los caucásicos, arios o indoeuropeos- y concluir que, puesto que esta raza se encuentra ahora en la fase de la lucha final, lo que ocurre en las sociedades de las demás razas ya no tiene ningún interés, es un error tan monumental que no es difícil demostrar que reúne, incluso más que las peores degeneraciones revisionistas, los errores más antiguos posibles de todos los antimarxistas.

Esta afirmación de un «pueblo elegido» en la historia, base ideal de un nuevo tipo de racismo y nacionalismo, sólo puede basarse en los mismos fundamentos que los de los sistemas ideológico-científico-filosóficos conformistas tradicionales, que no van más allá de los límites de la cultura burguesa. Para el creyente, es un Dios supraterrrenal el que inviste a un pueblo, una nación o una raza con la misión de guiar al mundo, incluso mediante el exterminio de otros pueblos si es necesario. Para el iluminismo burgués, el guía es el primer pueblo que descubre en sí mismo la «fuente inmanente» de la moral social y de la civilización y la establece como «cultura nacional», adquiriendo así la capacidad de organizarse armoniosamente según las leyes «naturales» y de iluminar a los pueblos atrasados. Para la variedad totalitaria hitleriana de esta misma doctrina burguesa crítico-moderna, es una pseudociencia la que descubre esta raza elegida o superraza (del mismo modo que pretendía descubrir al superhombre que ocuparía el lugar de los dioses y semidioses) y le otorga, gracias a las máquinas más perfectas y a las armas más destructivas, la virtud primordial de gobernar el mundo. Si hacemos de Hitler el representante de los arios germánicos, no es demasiado difícil hacer de Stalin el representante de los eslavos cuando se trata de dar a otra rama de la humanidad la superioridad sobre el planeta... y por encima de él. Cuando el primero exterminó a los judíos por millones, en el fondo estaba aplicando, en una versión burguesa, más científica y más criminal como es el caso de todas las formas de civilización capitalista, la ley del talión a su reivindicación mística multimilenaria de ser los elegidos de Dios, que cristianos y árabes han intentado

históricamente a su vez usurparles (debido homenaje al potencial internacionalista de la Iglesia católica en relación con todas las demás).

Es en esta fútil clasificación de los pueblos, apenas superior a las clasificaciones de Jefes, Conquistadores y Héroes, en la que retroceden de un modo u otro los estalinistas renegados del marxismo y los grupúsculos de hoy que niegan la dinámica del inmenso potencial histórico demostrado o mantenido en reserva por las poblaciones de color olvidadas por Dios o dejadas de lado por el carro publicitario de la cultura y el saber... Todo esto es risible, no sólo por las razones grabadas en las páginas clásicas del marxismo, que explican que el capital rompe todas las barreras de difusión y comunicación en el mundo; sino aún más por el hecho bien conocido de que en materia de dioses y teologías, de cultura y escritura, e incluso de ciencia tecnológica, muchos de estos pueblos fueron los que precedieron en milenios no sólo a los llegados eslavos, o a los semi-llegados germano-sajones, sino incluso a los clásicos grecorromanos y a las civilizaciones del Próximo Oriente; ellos ya desempeñaron los papeles principales a lo largo de los siglos.

El marxismo elimina la personalidad de los diferentes pueblos y razas y la atribución a los mismos de cualidades innatas particulares que forjarían su destino, del mismo modo que elimina la personalidad y la predestinación del individuo humano aislado como factor de la historia. No comprender el primer punto tiene los mismos efectos que perder de vista el segundo, efectos que significan una recaída en visiones pequeñoburguesas y anarquistas de individualismo banal. Cada día vemos a ex-marxistas o supuestos marxistas disolver la fuerza de la crítica de la democracia liberal en las miserias del democratismo obrero y la oposición de la clase bruta al partido, concepciones imbéciles que no van ni un centímetro más allá de la «democracia popular» fantoche del comunismo renegado de Moscú o Pekín.

Según nuestra doctrina, las condiciones materiales y el juego de las fuerzas productivas son la base de la historia; sólo esta clave puede explicar (o, mejor aún, debe explicar) la alternancia de Estados, pueblos y razas en el control del mundo o de sus grandes regiones. No se excluye ninguna alternancia posterior de pueblos en esta grandiosa sucesión, y es de una manera muy diferente como se determinan las formas de cierre del ciclo histórico. Nacida en los tiempos modernos, esta doctrina nos ha dado ya varias soluciones sobre la vía geográfica central para el advenimiento del

socialismo internacional, como se deduce de los textos fundamentales y de las deducciones esenciales de los principios generales; tampoco ha descartado hasta ahora la posibilidad de que luchas en territorios inesperados y entre pueblos inesperados influyan en la evolución social general de las formas humanas.

Esta doctrina es evidentemente mucho más rica que la doctrina de la hegemonía de los Estados y naciones más fuertes en la guerra y la conquista, o dominantes por el conocimiento, doctrina antideterminista y escéptica sobre el fin de una o de todas las «civilizaciones», sobre las que disiente a cada paso.

Base y superestructura

Del mismo modo, la ley de la gravitación universal, confirmada por los diversos satélites proyectados o contruidos, no existiría sin la observación de los movimientos aparentes de los astros y sin las reglas y concomitancias que Kepler extrajo de ellos.

Sustituir la historia de los Estados y de los pueblos por la de las clases no significa eliminar a los Estados con un gesto de la mano, haciendo la vista gorda a lo que les sucede, sino dar la palabra, como a los presidentes de asambleas confusas, a nuevos protagonistas cuyos nombres suenan en cada réplica pero cuyo papel está privado de dinamismo vital, las clases; ni siquiera la que ingenuamente es tratada como la única clase, la elegida, la predestinada.

Fue con esquemas muy diferentes como Marx salió de la estrechez del utopismo, de la generosa pero vacía edición proletaria de la metafísica histórica. Simplifiquemos.

Los ejércitos que el historiador convencional ve en el primer plano de la escena, con sus estados mayores y sus grandes capitanes, no son más que una «prolongación» de los Estados políticos, y a veces incluso la forma organizada que adoptan estos últimos. Los Estados son la manifestación, la expresión, de la división de la sociedad en clases; para el marxismo, se trata de clases dadas que han organizado su dominación sobre la sociedad humana y sobre aquellos de sus grupos que son los pueblos. Pero una clase sólo puede darse expresión estatal organizándose primero, en una primera serie de luchas sociales generadas por las relaciones en las que vive y produce, en un partido político, en un órgano de toma y gestión del poder. Esta es una posición fundamental de nuestra concepción de la historia; los que proponen que la clase tome y dirija el

Estado sin la intermediación de la forma-partido son los mismos que propondrían que el artesano o el proletario agarraran el bloque de hierro incandescente en la fragua con las manos y no con tenazas, que el combatiente sujetara la espada por la punta o el fusil por el cañón.

Esta gente que grita sobre el peligro del Estado y del partido recuerda el famoso dicho utilizado para estigmatizar a los perezosos y a los incompetentes: ¡el mal trabajador siempre tiene malas herramientas!

Podemos, pues, analizar la historia con toda la fuerza del marxismo si sabemos trazar los eslabones de esta cadena de causas y efectos, de masas humanas en movimiento y de fuerzas motrices, donde la violencia, partera de la historia, es primordial: ejércitos y policías estatales organizados, un partido político que dirige la organización del Estado que domina la sociedad, una clase que se convierte en actor de la historia organizándose en este partido político, en sus formas y órganos, la posición de la clase frente a las relaciones de producción, los conflictos de intereses entre esta clase y otra, o en general varias otras clases, unidas por una sujeción o dominación común. El antagonismo dualista clásico ni siquiera es un punto de llegada necesario en el largo camino que acabamos de recorrer en sentido inverso.

En esta larga historia de clases que se sustituyen unas a otras a la cabeza de la política y la economía social, de partidos y Estados que expresan su potencial, de enfrentamientos entre clases dominantes y dominadas, de batallas entre Estados de diferente localización geográfica y origen social -en el curso de las cuales se liberan enormes cantidades de energía y que, por lo general, tienen lugar entre Estados dirigidos, incluso en la sociedad autóctona, por clases socialmente similares- existe una inmensa variedad de situaciones y acontecimientos, la doctrina del materialismo marxista los ha clasificado, por primera vez, en una serie histórica y causal de tipos y modelos. Sería imposible hablar de sistema, de concepción marxista del devenir histórico, si no hubiéramos llegado a poseer, de manera crítica, una serie continua de estos modelos, la gran serie de formas sociales, de modos de producción, que se tiende como un inmenso puente de múltiples arcos entre el origen - la primera forma de vida asociada en grupos del hombre-animal recién salido del estado animal- y el fin cuyo advenimiento futuro hemos deducido científicamente: la sociedad comunista.

La gran serie histórica de los «modos de producción»

El marxismo no quita nada a la inmensa variedad de combinaciones e inversiones a través de las cuales la serie se desarrolla y entrelaza a lo largo de las diferentes épocas históricas. Si nuestros adversarios se burlan de que estemos seguros de haber encontrado una dirección única para el camino de la historia, las innumerables escuelas revisionistas que se interponen entre nosotros y ellos, perturbando el aire puro que producen las contradicciones abiertas, utilizan indiscriminadamente nuestra métrica y leen al revés nuestra brújula, prestándonos esquemas rígidos y estrechos que son completamente falsos, lo suficiente para burlarse de los grandes logros de la dialéctica histórica. Entre ellos encontramos a quienes hoy niegan la rica fertilidad histórica de los enfrentamientos entre Estados y entre clases entre los miles de millones de personas del Sur Global, donde en los años en que vivimos bulle una actividad tanto más volcánica por la decepcionante pasividad de las sociedades blancas, sumidas en el período más triste de su historia y de su degeneración social, que no produce más que cobardía contrarrevolucionaria y cinismo existencial.

Que el marxismo es rico en un abanico de brillantes hipótesis sobre el desarrollo de las sociedades modernas, extraídas de su visión unitaria de la «gran serie» de modos de producción, y que ve en la revolución una fuerza que abre el camino incluso desde el fondo de caminos aparentemente sin salida, lo prueban no sólo las citas de pasajes y páginas más que clásicas, utilizadas en Florencia en 1953 y 1958, y de hecho en todas partes y siempre, tomadas de las obras más conocidas y difundidas en todos los idiomas; lo confirma un texto que también utilizamos sobre otros temas en el encuentro de Piombino: el esbozo de la gran obra de *El Capital* constituido en los *Grundrisse*, ese magistral esbozo que Karl Marx escribió para sí mismo (y para nosotros) sin molestarse en darle una forma presentable para los cerdos de la cultura burguesa. Esta serie de cuadernos, grabados por la mano de un tosco con músculos de cantero, acaba de ser publicada; el capítulo al que nos referiremos también ha sido publicado casi íntegramente en italiano, bajo el título: *Formas que preceden a la producción capitalista*, por Ediciones Rinascita. Es bueno dudar de la traducción, aunque sólo sea por la dificultad de captar el sentido del texto en pasajes nada fáciles debido a la redacción tosca y poco pulida, que se aplazó a una fase posterior de la obra.

Con el apoyo de este magnífico texto, es posible insertar en la literatura marxista el capítulo que, por lo demás, fue reconstituido a partir de diversas fuentes (el Manifiesto, *El Capital*, el *Anti-Dühring*), es decir, el desarrollo de la famosa página del *prólogo a la Crítica de la economía política* publicada en 1859. Se trata de la página en la que el «mago» revela su «secreto» sobre la manera en que los hombres viven su historia y sobre el drama de la contradicción entre las fuerzas productivas y las viejas relaciones de producción, que han llegado a la hora de la ejecución revolucionaria. Hoy, la versión auténtica de este atajo se ha convertido en una demostración poderosa y orgánica. Es necesario, sin embargo, proceder con gran cautela, porque en tal obra el orden de las proposiciones y posiciones no es cronológico, y la trama continua de la «gran serie» está contenida de manera impresionante pero poco explícita, cruda como el chorro de la primera fusión, áspera por la escoria.

El gran interés de este texto es que, al igual que las cuestiones del maquinismo y la automatización tratadas en la reunión de Piombino, que se describen sugestivamente un siglo por delante de su tiempo, demuestra el teorema de la invariancia: el esqueleto de esta construcción nunca fue alterado por Marx.

Y no es menos importante que muchas páginas y poderosos pasajes de este texto, que nos llega intocado por la secular labor de canallesco embotamiento llevada a cabo por indignos falsos discípulos del Maestro, confirman el desmentido que los auténticos marxistas han lanzado en innumerables ocasiones en polémica contra los falsarios, y nosotros a su campeón supremo, Joseph Stalin. El marxismo graba los rasgos característicos de la sociedad comunista, los extrae de los de la infame sociedad burguesa, a la que se opone totalmente; describe científicamente la transición de las formas antiguas a la forma capitalista, tanto más cuanto que en la antítesis exalta las primeras contra la infame forma burguesa de todas, depresión miserable en la curva que recorre la humanidad. Es imposible llamarse marxista dialéctico si no se ve, cada vez que se discute el paso del precapitalismo al capitalismo, la aguda afirmación del paso del capitalismo al comunismo.

Esta afirmación es incomprendida no sólo por los oportunistas de las diferentes oleadas históricas (para quienes las características del comunismo se limitan en su mayoría a las «conquistas inmortales» de la época capitalista), sino también por los pequeños grupos de izquierdistas heterodoxos que demuestran a cada momento con

sus desviaciones su respeto supersticioso por los «valores» capitalistas de la libertad, la civilización, la tecnología, de fuerza productiva, términos todos ellos que, con el Marx original surgido del chorro incandescente del horno revolucionario, no queremos heredar sino barrer con odio y desprecio inagotables.

Un diseño maravilloso

Para describir el comunismo y su advenimiento, no necesitamos otro material que el elaborado por Marx en 1858, hace un siglo; es decir, la serie de modos de producción que parte del comunismo tribal primitivo y llega hasta darnos análisis históricos ya completos del mundo moderno: mercado - capital - salario. No necesitamos añadir razas y misiles engañosos a estas «armas convencionales» de la lucha de clases, que ya estaban bien afiladas desde el punto de vista doctrinal en el año 1858. Desde entonces, no decimos que la historia se haya detenido, sino que ha seguido hundiéndose en la basura del pozo negro burgués, y desde entonces, quien quiera indignarse por ello, como partido lo sabemos todo.

Este teorema central nos permite desenmascarar todas las mentiras revisionistas en circulación. Es fácil de enunciar, siempre con el objetivo, no de agotar este inmenso tema, sino de clarificar y precisar su presentación, ganada a pulso.

Para disgusto de los charlatanes «temáticos», lo expondremos esquemáticamente. Si el número de formas o modos sociales hasta el capitalismo pleno es igual a n , entonces su número total es $n+1$. Nuestra revolución no es una de tantas, es la revolución de mañana; nuestra forma social es la siguiente.

En teoría, el comunismo se convertiría en la forma $n+2$ si apareciera una forma adicional que ya fuera postcapitalismo sin ser todavía comunismo (este comunismo con todas las características precisas que hemos deconstruido a partir de las características diferenciales entre el capitalismo que nos está comiendo vivos y las formas a las que ha sucedido). Si así fuera, no habría existido hace más de un siglo el momento histórico de fundar el sistema invariable de la revolución, como doctrina, partido y lucha.

Negar la existencia de una forma $n+1$ no comunista significa expresar en forma simbólica nuestra posición, elaborada a través de complejos análisis históricos y económicos, que liquida dos aberraciones revisionistas: la estalinista (y peor aún, la

post-estalinista) según la cual el trabajo asalariado y la producción de mercancías en empresas estatales ya no pertenecen al capitalismo (y por lo tanto no pertenecen al número n de la serie); y la «trotskista», o más bien la de aquellos que invocan o comprometen indiscriminadamente a Trotsky, según la cual el socialismo-comunismo será la forma $n+2$, siendo la forma $n+1$ la dominación de la clase burocrática.

El principio de la unicidad de la serie histórica de las formas precomunistas permite también rechazar toda doctrina de la construcción del socialismo en un solo país a partir de la forma $n-1$, es decir, del precapitalismo feudal, antes de que se haya producido un ejemplo de transición completa de n a $n+1$ (que sólo puede realizarse internacionalmente). Al mismo tiempo que esta falsa doctrina, cae también la doctrina de las vías nacionales al socialismo, según la cual la vía al socialismo tendría un número diferente de términos en los distintos países, distintas unidades más o menos que n .

Negar el carácter revolucionario de la revolución nacional-liberal de los pueblos del Sur Global es el mismo absurdo: equivale a condenarlos por un tribunal de fantasía a la inmovilidad pasiva mientras no puedan dar el salto estalinista de $n-1$ a $n+1$, improvisando de la nada la lucha de clases entre empresarios capitalistas y proletarios, o habiendo inyectado desde fuera una realización voluntarista del socialismo, algo en lo que sólo pueden creer los discípulos de Stalin.

Es indiscutible que desde la aparición del modo de producción burgués en vastas regiones del mundo, el movimiento histórico general se ha acelerado bruscamente, y que las brechas temporales en la transición de una forma social a otra se están estrechando en diferentes áreas geográficas. No en vano una de las características de la forma capitalista consiste en el paso del objetivo interno del mercado nacional (que significa la independencia nacional, el Estado-nación burgués) al objetivo externo del mercado mundial, término esencial para Marx. La revolución burguesa de 1848 en Europa, con la clase obrera como aliada, se extendió en cuestión de meses de una gran capital a otra, lo que constituye un ejemplo clásico para la perspectiva marxista. Desde entonces, la transformación burguesa y la industrialización del mundo han avanzado a un ritmo imparable. Lo que siempre hemos llamado la doble revolución, y que ahora designaremos por el paso rápido de $n-1$ a n , y luego de n a $n+1$, es por tanto una eventualidad histórica altamente probable, como lo fue para Rusia. Pero su condición

era internacional: revolución política y transformación social en los países capitalistas desarrollados, es decir, su transición del capitalismo al socialismo.

La izquierda demostró teóricamente que, tras el sabotaje y el fracaso de las revoluciones occidentales (de n a $n+1$), la revolución rusa se reducía a una revolución capitalista pura (de $n-1$ a n). Estas son, sin duda, las consecuencias de la bancarrota estalinista (más que de la traición individual). Dado que es históricamente imposible esperar auténticas revoluciones comunistas en Occidente o en Rusia en la actualidad, en la medida en que no hay partidos organizados para tomar el poder y con el programa revolucionario correcto, los demás países que aún son precapitalistas no pueden producir revoluciones dobles, a diferencia de lo que se podía esperar de Rusia en el fértil período de la Europa de la primera posguerra.

El resultado internacionalista y revolucionario es que estos países están saliendo ahora de las antiguas formas precapitalistas dando los primeros pasos hacia la forma burguesa que significa la revolución nacional. En estos países, como en Occidente, el proletariado está ausente como clase mientras se adhiera a los partidos contrarrevolucionarios. En la medida en que está presente, debe: desde el punto de vista de la doctrina, hacer una crítica completa del programa nacional y democrático como Marx en 1860; desde el punto de vista de la organización, no mezclar su organización como partido de clase con las de los partidos pequeñoburgueses; desde el punto de vista de la política histórica, es decir, en la medida en que no se trata de una acción cultural y electoral al estilo burgués, sino de una acción armada e insurreccional, para apoyar el derrocamiento de los poderes feudales incluso por los «nacionalistas revolucionarios» de Lenin en el II Congreso. Lógicamente, esta norma es aún más válida cuando estas insurrecciones son xenófobas, es decir, dirigidas contra los imperialistas blancos, aliados o no a los viejos poderes feudales locales o incluso a una naciente gran burguesía local. Esa rivalidad entre imperialismos, que hoy debe incluir al imperialismo soviético, es una razón para no apoyar las revueltas de los pueblos de color contra los imperialismos occidentales, es un argumento tan tonto como aquel con el que se rechazó el derrotismo leninista en 1914-1915, con el argumento de que debilitar al Estado italiano, por ejemplo, significaba correr el riesgo de caer de la sujeción a la burguesía italiana a la sujeción a la burguesía austriaca: ¡el típico oportunismo clásico!

Páginas clásicas

Mantener un esquema firme no equivale a vaciar de vida las páginas más altas del marxismo.

En el Manifiesto Comunista, la crítica más feroz a toda la superestructura burguesa se mezcla admirablemente con el mayor himno jamás elevado a la función revolucionaria de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África dieron a la burguesía naciente un nuevo campo de acción. Los mercados de las Indias Orientales y de China, la colonización de América, el comercio con las colonias, el crecimiento de los medios de cambio y de las mercancías dieron finalmente al comercio, a la navegación y a la industria un auge desconocido hasta entonces, y al mismo tiempo aceleraron el crecimiento del elemento revolucionario en el seno de la sociedad feudal, que se desmoronaba. (...)

La industria a gran escala creó el mercado mundial que el descubrimiento de América había preparado. Este mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, la navegación y las vías de comunicación. Esto, a su vez, influyó en la expansión de la industria, y a medida que se desarrollaban la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, crecía también la burguesía, aumentando su capital y relegando a un segundo plano a todas las clases legadas por la Edad Media (...).

Gracias al rápido desarrollo de los instrumentos de producción y a la infinita mejora de los medios de comunicación, la burguesía atrae a la corriente de la civilización incluso a las naciones más bárbaras. La baratura de sus productos sigue siendo la artillería pesada que rompe todas las murallas de China y obliga a capitular a los bárbaros más obstinadamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones a adoptar el estilo burgués de producción, aunque no lo deseen; las obliga a introducir la llamada civilización en su seno, es decir, a convertirse en burguesas. En una palabra, forma un mundo a su imagen y semejanza.

La descripción de la función burguesa no puede ser más dialéctica; cuando se dice que el odio de los bárbaros capitula ante el enorme poder del capital, el comunista se sitúa en esta lucha, cuyo resultado es históricamente útil para el curso general, no del lado del hombre blanco civilizado, sino del lado del bárbaro rebelde.

Cuando se trata de señalar el futuro inevitable de la sociedad y de la civilización burguesas, describiendo las crisis de la producción y la cadena de acontecimientos que las conducen hacia una crisis revolucionaria cada vez más profunda, ¿cómo no escribir las siguientes palabras, que bastan para mostrar claramente lo lejos que está de nuestras posiciones quien teme y admira el poder de la técnica y la civilización mecánica del industrialismo sobreproductivo?

La sociedad tiene demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone ya no sirven para hacer progresar el régimen de la propiedad burguesa, al contrario, se han vuelto demasiado poderosas para ella, lo que se interpone en su camino; y cada vez que las fuerzas productivas sociales triunfan sobre este obstáculo, sumen a toda la sociedad burguesa en el desorden y amenazan la existencia de la propiedad burguesa.

Sólo quien sepa seguir esta pauta, luminosamente indicada desde 1848, puede comprender que Marx salude el derrocamiento de la Muralla China por tierra o por mar, al tiempo que denuncia con terribles palabras de indignación los métodos de la Guerra del Opio, las masacres en los Cinco Puertos y en Pekín.

Hoy, la civilización capitalista nos da todas las razones para multiplicar por diez, por cien, nuestro horror. El brazo que se levanta contra sus actos, incluso para blandir el *assegai* del Mau-Mau, es el de un hermano del proletario comunista.

Los pasajes central de *El Capital*

Siguiendo las mismas líneas rigurosas que el *Manifiesto Comunista* veinte años después, la obra más importante de Karl Marx, en la que la elección de las posiciones del partido revolucionario es decisiva y completa, es tanto un tratado de ciencia económica como una batalla librada contra el capitalismo mundial. Sus capítulos fundamentales son los que tratan de la acumulación inicial, o primitiva, del capital.

La tesis del adversario es que el modo de producción por el capital y el trabajo asalariado es «natural» en la economía humana, como lo es el modo de intercambio de mercancías - y que la historia que ha conducido a la época burguesa moderna tiene como principio la liberación de la humanidad de las fuerzas horribles que violaban la economía a través de modos de producción atrasados, incivilizados y antinaturales.

La demostración central que derriba para siempre esta tesis, y que ya no necesita más «enriquecimiento» teórico al estar tan irrefutablemente expuesta, consiste en establecer que el modo capitalista no acompañó el nacimiento de la humanidad sino que ésta necesitó de una violencia tan antinatural como inhumana para aparecer.

Una de las partes de la demostración de esta epopeya burguesa de bandolerismo y exterminio que fue la acumulación inicial concierne a la obra de la clase dominante en la raza blanca, que ya había saqueado y exterminado en los países de origen en los continentes de ultramar y entre los desdichados pueblos del Sur Global.

Arrancar estas páginas del marxismo para sostener que la revolución anticapitalista es un asunto interno de la raza blanca, debido al antagonismo entre los patrones y los proletarios de las metrópolis, es tan descabellado como justificar la colaboración de las clases blancas en detrimento de los pueblos del Sur Global.

El capítulo 24 de la edición italiana, cuyo título es *La acumulación primitiva* y que de hecho constituye la conclusión, está dividido en los siguientes famosos párrafos: 1. El secreto de la acumulación primitiva. 2. La expropiación de la población rural. 3. La legislación sanguinaria contra los expropiados desde finales del siglo XV (Inglaterra). 4. La génesis del agricultor capitalista. 5. Las repercusiones de la revolución agrícola en la industria. Establecimiento del mercado interior para el capital industrial. 6. La génesis del capital industrial. 7. Este es el famoso párrafo final que tantas veces hemos expuesto, recordando las falsificaciones de los antimarxistas y su magistral refutación en el *Anti-Dühring*: la tendencia histórica de la acumulación capitalista. O bien estamos completamente equivocados, y es imposible trazar planes para el futuro; o bien este plan ha sido escrito de una vez por todas y no puede ser mejorado.

El hecho de que los elementos históricos de todo este capítulo se refieran al modelo inglés no nos impide invocarlo para todos los países y para todos los tiempos. Tampoco nos ha impedido nunca plantear la objeción habitual de que «después de

Marx», en los demás países afectados por la acumulación, los pequeños productores campesinos y los artesanos no desaparecieron todos como en Inglaterra, y que precisamente la sociedad del modelo inglés no tiene un partido proletario revolucionario, ni lo ha tenido nunca poderoso. La lección del modelo permanece: la orientación de toda la historia mundial contemporánea conduce a las mismas respuestas, sin borrar ningún enunciado.

Porque lo que hay que comprender, y lo que será cristalino después de una gran victoria proletaria internacional, es que Marx nos ayuda a configurar la ruta de orientación hacia el socialismo a través de dos grandes etapas: la formación del mercado interior mediante la fabricación de proletarios sin propiedad, pobres (lo que no quiere decir miserables, o los más miserables en lo que se refiere a su consumo personal) mediante la expropiación de los productores libres; y la consolidación del mercado mundial mediante la expropiación y el exterminio, con los mismos métodos, de las poblaciones de ultramar. Pero al describir estas fases bárbaras, Marx, es decir, el partido revolucionario, se coloca dialécticamente del lado del pequeño productor expropiado, del lado de las poblaciones coloniales esclavizadas y oprimidas.

Inversión del pasado

Por enésima vez, invitamos a los camaradas a aprender a leer correctamente los escritos de Marx: el programa del Partido Comunista y la descripción de los rasgos fundamentales de la sociedad comunista, en las invectivas contra las explotaciones de los capitalistas a lo largo de su historia, y leerlos aún más cuando estas mismas empresas burguesas son saludadas no sólo como pasos necesarios en el camino hacia la revolución proletaria, a los que nunca se proponen alternativas, sino precisamente como movimientos positivos que la clase proletaria y su Partido Comunista deben apoyar con las armas en la mano en las etapas históricas concretas y en los circuitos especificados.

Como en otras ocasiones, tenemos que hacerlo con un número reducido de citas, pero siempre escogidas de modo que se sucedan en un orden lógico, y como hitos que señalan un largo tramo de camino histórico. Nos remitiremos a las páginas de la edición *Avanti!* de 1915, vol. VII, que reproducimos con algunas correcciones.

El «secreto», palabra que nos gusta mucho a pesar de los sarcásticos imbéciles que nos hinchán la cabeza desde hace medio siglo, en la medida en que un secreto se revela de golpe y entonces ya no hay nada que añadir, se encuentra en la página 686. La disolución del modo feudal (servidumbre en el campo y corporación en la ciudad) libera los elementos constitutivos de la sociedad capitalista.

El movimiento histórico que convierte a los productores en asalariados se presenta así como su emancipación de la servidumbre y de la jerarquía industrial. Por otra parte, estos «libertos» (esclavos emancipados de sus amos en Roma) sólo se convierten en vendedores de sí mismos después de haber sido despojados de todos sus medios de producción y de todas las garantías de existencia que les ofrecía el antiguo orden de cosas. La historia de su expropiación no es materia de conjeturas: está escrita en los anales de la humanidad con letras indelebles de sangre y fuego.

Leemos allí que en el modo comunista, habrá garantías de existencia para todos a expensas de la sociedad y que ya no habrá vendedores de sí mismos (ni salarios ni dinero).

Durante la salvaje expropiación de los campesinos en el siglo XV, la sociedad inglesa “no había alcanzado aún ese alto grado de civilización en el que la riqueza de la nación, es decir, el enriquecimiento de los capitalistas y el empobrecimiento y la explotación desvergonzada de la masa del pueblo, pasa por la culminación de la sabiduría del Estado”. Este era el caso de los burgueses de 1865 como Gladstone y también de los «comunistas» de la escuela moscovita actual, que quieren enriquecer al pueblo, a la patria y a la nación... así como el marxismo (p. 690).

Sin embargo, el siglo XV no comprendió tan bien como el XIX la identidad de estos dos términos: riqueza de la nación, pobreza del pueblo». El siglo XX explicaría a los discípulos fosilizados de Marx los misterios americano-rusos de la «renta nacional.

Un resumen memorable (p. 704):

El expolio de la propiedad eclesiástica, la enajenación fraudulenta de las propiedades del Estado, el saqueo de las tierras comunales, la usurpación y la transformación terrorista de la propiedad feudal o incluso patriarcal en propiedad privada moderna, la guerra contra las casas de campo con techo

de paja: éstos son los procedimientos idílicos de la acumulación primitiva. Han conquistado la tierra para la agricultura capitalista, incorporado el suelo para el capital y entregado a la industria de las ciudades los brazos dóciles de un proletariado sin fuego ni lugar.

Se puede leer en este pasaje que una característica de la transformación socialista será también invertir la urbanización y las monstruosas colmenas industriales, fenómeno que hoy engrosa la llamada Rusia soviética.

En la actualidad, la oferta de asalariados al capital parece pacífica y espontánea en los países capitalistas desarrollados, y los economistas aprovechan para hablar de la acción de las «leyes naturales». Pero el estudio del pasado nos ayuda:

Es de otro modo durante la génesis histórica de la producción capitalista. La burguesía naciente no podía prescindir de la intervención constante del Estado, y se servía de él para «regular» los salarios, es decir, para rebajarlos al nivel adecuado, prolongar la jornada laboral y mantener al propio trabajador en el grado de dependencia deseado. Este es el momento esencial de la acumulación primitiva (p. 708).

Hay que señalar que muchos maniáticos de una economía burguesa moderna distinta de la conocida por Marx, descubrieron hacia 1950 que el Estado entraba en la economía, a no ser que fuera al revés (las tonterías se pueden tomar a voluntad por la cabeza o por la cola)...

Después de considerar la creación violenta de un proletariado sin fuego ni lugar, la disciplina sanguinaria que lo transforma en clase asalariada, la intervención vergonzosa del Estado, favoreciendo la explotación del trabajo y, por consiguiente, la acumulación de capital (p. 713).

Marx no ha llegado aún a la génesis de la clase de los empresarios capitalistas y, para empezar, se ocupa de los campesinos capitalistas.

En las páginas 718-719, en la magnífica descripción de la formación del mercado doméstico inglés, Marx se lamenta de que, al convertirse los campesinos en asalariados, sus medios familiares de subsistencia, las herramientas y los productos de la industria doméstica rural y, en particular, los hilados y las telas, se han convertido en

mercancías que sólo pueden adquirirse por dinero, constituyendo un mercado para el capital industrial.

Así, la expropiación de los campesinos, su transformación en asalariados, conlleva la aniquilación de la industria doméstica en el campo, el divorcio de la agricultura de todo tipo de manufacturas. Y, de hecho, esta aniquilación de la industria doméstica campesina es el único medio de dar al mercado interior de un país la amplitud y la constitución requeridas por las necesidades de la producción capitalista.

He aquí otro pasaje que nos recuerda que el programa de la revolución socialista incluye el derrocamiento de las barreras erigidas entre la ciudad y el campo, entre la industria y el cultivo agrícola, lo que sólo es posible en una economía sin mercancías y sin mercados.

Los crímenes de la burguesía en ultramar

Llegamos ahora a la génesis completa del capitalista industrial y a la transición del mercado interior al mercado mundial. Es aquí donde se ponen de relieve todas las atrocidades y exacciones cometidas fuera de las fronteras del primer país capitalista, Inglaterra.

La cita no es, por supuesto, nada nuevo.

El descubrimiento de las regiones auríferas y argentíferas de América, la esclavización de los nativos, su enterramiento en las minas o su exterminio, los comienzos de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en una especie de coto de caza comercial de pieles negras, son los idílicos procesos de acumulación primitiva que marcan el alba de la era capitalista. Inmediatamente después estalló la guerra mercantil entre las naciones de Europa, con todo el globo como escenario. Comenzó con la revuelta de Holanda contra España, adquirió proporciones gigantescas en la cruzada de Inglaterra contra la Revolución Francesa y ha continuado hasta nuestros días en expediciones piratas como las famosas guerras del opio contra China.

Este pasaje memorable (p. 722) indica la serie de cambios del poder imperial: Portugal, España, Holanda, Francia, Inglaterra, que,

en el último tercio del siglo XVIII, combina todos estos métodos en un todo sistemático, abarcando a la vez el régimen colonial, el crédito público, las finanzas modernas y el sistema proteccionista. Algunos de estos métodos se basaban en el uso de la fuerza bruta, pero todos ellos, sin excepción, explotaban el poder del Estado, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para precipitar violentamente el paso del orden económico feudal al capitalista y acortar las fases de transición. Y, de hecho, la fuerza es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva. La fuerza es un agente económico.

El juicio de Marx sobre el sistema colonial, expresado en un pasaje tan fundamental como el que acabamos de citar, no puede ser más explícito; a partir de ese momento sitúa el movimiento revolucionario del proletariado en oposición a las infames empresas coloniales de las potencias burguesas mundiales.

Le sigue una impresionante lista de todas las abominaciones cometidas en ultramar por los conquistadores europeos. Los crímenes holandeses en lo que hoy es Indonesia son espeluznantes. Entre otras cosas, sobornaron al gobernador portugués de Malaca y, una vez que entraron en la ciudad, lo asesinaron por no pagar el precio acordado de 21875 libras. Las incursiones de mano de obra fueron tan feroces que una provincia de la fértil Java, que contaba con 80.000 habitantes en 1750, ¡sólo tenía 8.000 en 1811!

El monopolio de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales sobre el té, el tabaco, el arroz y el comercio en general arruinó a las poblaciones china e india mediante extorsiones y abusos indecibles, y provocó hambrunas mortales con fines de acumulación.

Feroces fueron los métodos utilizados por los aventureros coloniales en países ya bien poblados y civilizados, de los que querían exportar productos tropicales y a los que querían importar productos industriales de las fábricas europeas; feroz también fue el sistema de plantaciones, que pretendía intensificar la producción local de determinados productos agrícolas en enormes extensiones de tierra en las que los nativos tenían que trabajar por un puñado de comida y a latigazos. Pero la cosa empeoró aún más en las «colonias propiamente dichas», como América, luego Australia, Sudáfrica, etc., donde la población europea y el capital productivo

metropolitano afluyeron al mismo tiempo: en las primeras décadas, el territorio fue limpiado de poblaciones indígenas mediante matanzas y exterminios inauditos, como los cometidos por los españoles y portugueses en América del Sur y Central, y por los ingleses y franceses en América del Norte.

Marx recuerda (p.725) episodios en los que “no se negó el carácter cristiano de la acumulación primitiva”. Es bien sabido que la religión justificó estas masacres de inocentes, la mayoría de las veces indefensos y prácticamente desarmados, con el pretexto de que, al no formar parte de los tres linajes mencionados en la Biblia, los pieles rojas no tenían alma.

Los austeros intrigantes del protestantismo, los puritanos, concedieron en 1703, por decreto de su asamblea, una recompensa de 40 libras esterlinas por cada cabellera india y otras tantas por cada piel roja hecha prisionera y llevada a la bahía de Massachusetts. En 1744, se ofrecieron 100 libras esterlinas por cada cabellera de indio adulto y 60 por cada cabellera de mujer o niño.

Cuando los Padres Peregrinos se rebelaron contra Inglaterra, ésta aplicó medidas similares: cazar a los rebeldes con perros feroces y utilizar indios a sueldo para arrancarles la cabellera a su vez.

El análisis de la importancia del sistema colonial en la difusión del modo de producción capitalista sigue esta lista de infamias.

El régimen colonial dio un gran impulso a la navegación y al comercio. Dio origen a las compañías mercantiles, dotadas por los gobiernos de monopolios y privilegios y que sirvieron de poderosas palancas para la concentración del capital. Los tesoros extraídos directamente de Europa mediante el trabajo forzado de los nativos esclavizados, mediante sobornos, saqueos y asesinatos, volvían a la madre patria para ser utilizados como capital.

Un último pasaje bastará para concluir tan elocuente serie, a menos que en el futuro se emprenda un estudio más profundo del juego económico (p. 731).

Al mismo tiempo que la industria algodonera introducía la esclavitud infantil en Inglaterra, en Estados Unidos transformaba el trato más o menos patriarcal de los negros en un sistema de explotación mercantil. En

resumen, la esclavitud encubierta de los asalariados en Europa necesitaba un pedestal en forma de esclavitud sin condena en el Nuevo Mundo.

Hoy las condiciones han cambiado desde la época de la Guerra de Secesión estadounidense, contemporánea de esta obra capital de Marx; pero sigue existiendo un vínculo directo entre la implacabilidad del sistema capitalista (que mata de hambre y libra guerras destructivas) hacia los trabajadores de los países metropolitanos blancos y los malos tratos que inflige a las poblaciones del Sur Global cuya vitalidad ha impedido su destrucción.

Marx esperaba que la revolución procediese de China

Contrariamente a lo que muchos puedan imaginar, la idea de una acción concomitante contra el capitalismo en las metrópolis blancas, la lucha de clases interna de los trabajadores y la revuelta de los pueblos de ultramar contra las intervenciones y exacciones coloniales no se encuentra en el marxismo, ni en Lenin cuando estudió los fenómenos del imperialismo burgués a principios de siglo, ni mucho antes en Engels y Marx.

En el *Neue Rheinische Zeitung* de febrero de 1850, Engels se refirió a los escritos de un conocido misionero cristiano, Gutzlaff, quien, tras vivir en China durante unos treinta años, había regresado a Europa en el momento en que estallaba la famosa revuelta de Tai-ping. La revuelta había estallado contra la monarquía pequinesa entre la clase de los pequeños campesinos a raíz de la grave crisis iniciada hacia 1840, cuando Inglaterra, seguida pronto por otras potencias europeas, empezó a obligar a China a abrir sus puertos al comercio, sobre todo de opio, perturbando así gravemente las finanzas del imperio y la economía del país. El movimiento Tai-ping había empezado a condenar la propiedad privada de la tierra en general, no sólo a la nobleza feudal y a la burocracia estatal que la apoyaba. Engels describe las grandes líneas de este movimiento social, subrayando que el origen económico de los movimientos revolucionarios es un hecho histórico plenamente comprobado incluso en este remoto pueblo que se sacude mil años de inmovilidad. Y concluye así:

Cuando, después de veinte años de ausencia, el Sr. Gutzlaff regresó a la gente civilizada y a los europeos y oyó hablar de socialismo, exclamó horrorizado: “¿Así que en ninguna parte puedo escapar de esta doctrina

perniciosa? Es exactamente lo mismo que predicán desde hace algún tiempo muchos del populacho chino”³.

Engels continúa:

Es muy posible que el socialismo chino se parezca al europeo como la filosofía china a la de Hegel [el tono es irónico, pero algunas posiciones muy originales del viejo pensador chino Lao-Tzu pueden considerarse dialécticas]. Pero sea como fuere, es un hecho gratificante que el imperio más antiguo e inquebrantable de la tierra se encuentre, en el espacio de ocho años y a causa de los fardos de algodón de la burguesía inglesa, en vísperas de una revolución social que debe tener en todos los casos las consecuencias más importantes para la civilización. Cuando nuestros reaccionarios europeos, en su próxima huida a través de Asia, lleguen por fin ante la Gran Muralla, seguros de que sus puertas se abrirán de cara al hervidero de la ultrarreacción y del ultraconservadurismo, quién sabe si no leerán esta inscripción:

REPÚBLICA CHINA

Liberté, Egalité, Fraternité.

Con esta breve nota, el gran Engels quería dejar claro que en China, como en todas partes, se espera que el ciclo de las formas sociales siga las mismas grandes etapas: a la China feudal deberá suceder, como ocurrió en Francia, una China republicana y capitalista, escenario de una lucha de clases por el socialismo.

E históricamente eso fue lo que ocurrió, aunque no fuera hasta 1911, con la revolución de Sun Yat Sen, después de toda una serie de agresiones y una larga lucha del colonialismo europeo que derribó el imperio celeste.

Otro texto de Marx no sólo confirma la expectativa de una serie de movimientos sociales en China similares a los que habían tenido lugar en Europa, sino que va mucho más lejos aún al afirmar la posibilidad histórica de que los movimientos europeos tuvieran como punto de partida una revolución social en la lejana China.

³ *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue* (enero-febrero de 1850). Este artículo se atribuye hoy a la obra conjunta de Marx y Engels. cf. *K. Marx, Oeuvres Politiques, I*, Bibliothèque de la Pléiade, pp. 380-381. Véase también: «Marx Engels. La Chine», Ed. 10/18, 1973, p.193. La larga introducción de Dangeville a esta colección repite, sin decirlo, pasajes enteros de *Les luttes de classes et d'Etats...*

Bajo el título *Marx sobre China* se han publicado once cartas que Marx envió al *New York Herald Tribune* entre 1853 y 1860. Estas cartas se relacionan directamente con la cita de las Guerras del Opio en *El Capital*.

En 1833, el monopolio del comercio con China concedido a la Compañía de las Indias Orientales llegó a su fin. Sólo el gran puerto de Cantón estaba abierto al comercio exterior.

Inglaterra, cuyos intereses residían en establecer un régimen de «puertas abiertas», desencadenó la primera Guerra del Opio de 1839 a 1842: China tuvo que capitular y, en virtud del Tratado de Nankín, abrir no sólo Cantón sino también Amoy, Fu-chow, Ning-po y Shanghai, y ceder Hong Kong a Gran Bretaña, que la convirtió en su colonia.

Mientras Estados Unidos y Rusia hacían sus primeras reivindicaciones, estalló en 1850 el gran movimiento Tai-ping, que se apoderó de vastas provincias y tuvo Nankín como capital de 1853 a 1864. Rechazando sus exorbitantes impuestos, los rebeldes mataron a los terratenientes y mandarines del Imperio; aunque no eran hostiles al comercio con extranjeros, lucharon contra el opio y el consumo de drogas; propugnaron consignas igualitarias y comunistas. Al hablar de la larga serie de guerras campesinas chinas, Mao Tse-tung se refirió a la ley agraria Taiping, que era mucho más comunista que cualquiera de sus propias leyes en el sentido de que no se planteaba la cuestión del reparto, ni en términos de propiedad ni de explotación: “Toda la tierra bajo el cielo debe ser cultivada por todo el pueblo bajo el cielo..... Que la cultiven todos juntos y, cuando cosechen el arroz, que se lo coman todos juntos”. Los Tai-ping no eran utópicos, pues tenían un Estado que resistió catorce años, así como brigadas estatales de artesanos y leyes según las cuales nadie debía permanecer desnutrido o mal vestido...

Con un pretexto infame, Inglaterra y Francia lanzaron la Segunda Guerra del Opio en 1856, que, tras espantosas masacres, desembocó en el Tratado de Tien-tsin con Inglaterra. La guerra continuó hasta la sangrienta conquista y saqueo de Pekín en 1860. China tuvo entonces que hacer numerosas concesiones a los europeos con el Tratado de Pekín, lo que empeoró el Tratado de Tien-tsin. En 1864, un ejército conjunto del Emperador y los europeos expulsó al heroico Tai-ping de Nankín, donde entraron con derramamiento de sangre.

La primera carta de Marx

El primero de los artículos sobre China apareció en Nueva York el 14 de junio de 1853. Su título más explícito era *Revolución en China y Europa*.

En él, Marx planteaba directamente la cuestión del efecto que una revolución en China podría tener en todo el mundo civilizado. Dice exactamente:

Puede parecer extraño e incluso paradójico afirmar que el próximo levantamiento de los pueblos europeos -su próximo movimiento a favor de la libertad y de un sistema republicano de gobierno- dependerá probablemente más de lo que ocurra en el Imperio Celeste (en el polo opuesto de Europa) que de cualquier otra causa política actual, en todo caso más que de las amenazas de Rusia y de la consiguiente perspectiva de una guerra general en Europa. Pero esto no es una paradoja, como puede comprender cualquiera que examine los diversos aspectos de la cuestión.

Si la perspectiva aquí descrita no se realizó durante la revolución campesina que, como hemos recordado, llegó a su fin once años más tarde, tampoco lo hizo después, durante las grandes convulsiones que se sucedieron en China a partir de 1911 (acontecimiento al que Lenin prestó gran atención al mismo tiempo que a las situaciones contemporáneas en Rusia en 1905 y en Turquía o Persia), cabe señalar que la alternativa de una guerra general en Europa que implicara a Rusia, siempre presente en la mente de Marx y Engels porque significaba la liquidación de los imperios alemanes, también se retrasó hasta 1914, y en vano sirvió de trampolín para la revolución rusa.

Pero Marx se lanza a su demostración, que conserva todo su valor aunque los acontecimientos siguieran un curso diferente. Escribe que el cañón inglés, que “impuso en China la droga soporífera llamada opio”, dio origen a la revuelta social de los Tai-ping. La fuerza de las armas inglesas destruyó el secular aislamiento en el que China había estado confinada, y las razones fueron económicas. Hasta 1830, la balanza comercial era favorable a China, que recibía dinero de India, Inglaterra y Estados Unidos por sus exportaciones de té y otros productos básicos. El contrabando de opio, que obligaba a los chinos a pagar en divisas, invirtió este equilibrio; en vano las autoridades imperiales prohibieron el comercio. La corrupción de los funcionarios

desobedientes provocó la rebelión. Además, los tejidos ingleses habían empezado a invadir China, causando la ruina de la industria local y de los oficios de hilanderas, tejedoras y otros.

El cañón inglés rompió el aislamiento del sistema chino y lo hizo colapsar; ¿cuáles fueron los efectos de este colapso interno de China sobre Inglaterra y Europa? Marx insiste en el extraordinario desarrollo durante estos años de la industria manufacturera inglesa, que era entonces la primera del mundo, y al mismo tiempo en la perspectiva de una gran crisis comercial de sobreproducción -prevista para 1857- que habría sido más profunda que las anteriores, causando paro y miseria en Inglaterra y repercusiones en toda Europa. La resistencia a la expansión del comercio en China, provocada por la revolución campesina, podría haber agravado esta crisis.

No es necesario señalar aquí que Marx y Engels admitieron en las décadas siguientes que se habían equivocado al creer en un rápido retorno de la gran oleada revolucionaria de 1848. En la carta de 1853, lo más significativo es la teorización de un vínculo causal entre la revolución en China y el levantamiento en Europa, mucho más «avanzada» y «civilizada».

La conclusión de la carta sobre los peligros de la guerra y las perspectivas de la revolución sigue siendo válida después de más de un siglo; de hecho, suena muy cierta hoy en día:

Desde principios del siglo XVIII, nunca ha habido una revolución seria en Europa que no fuera precedida por una crisis financiera..... En las capitales de Europa, cada día llegan informes de conflicto general, aniquilados por los comunicados del día siguiente, que traen la seguridad de la paz durante una semana más o menos. Podemos estar seguros, sin embargo, de que cualquiera que sea la intensidad del conflicto entre las potencias..., la cólera de los príncipes [hoy diríamos los «grandes»] y la cólera de los pueblos también se debilitarán con el soplo de la prosperidad [ideólogos de la prosperidad y pacifistas, ¡salud!]. Es poco probable que Europa se vea abocada a guerras y revoluciones en ausencia de una crisis industrial y comercial general cuya señal debe venir de Inglaterra, representante de la industria europea en los mercados del mundo.

Sustituyan Europa por el mundo capitalista, Inglaterra por América, y ahí lo tienen. ¡Al diablo con la prosperidad y la paz! Y, ¡bienvenidos a la mina que los hará estallar, no importa de qué parte del Sur Global, infestada de depredadores blancos y asesinos en masa!

Originalidad absoluta del marxismo

Los logros que el marxismo ya poseía hace un siglo, sin necesidad de completarlos, mejorarlos o enriquecerlos (por utilizar el término más trivial de todos), aparecen aquí en toda su potencia dialéctica; sólo se trata de defenderlos después de haberlos exhumado de las nauseabundas olas de la degeneración. El *Manifiesto* proclamaba que “los comunistas apoyan todo movimiento directo contra las condiciones sociales existentes”. No se da a entender en absoluto que esto sólo sea cierto para las «condiciones» constituidas por el orden y la constitución estatales propios del capitalismo burgués. Y de hecho, cuando el *Manifiesto* pasa revista a los países de la época, sólo puede señalar un movimiento de la clase obrera contra el Estado burgués en Inglaterra y Francia. Para el resto de Europa, se instruye a los comunistas a apoyar cualquier insurrección antifeudal y antidespótica, no sólo cuando es obra de la burguesía, sino incluso en ciertos casos (Polonia de 1848 a 1871) de la pequeña nobleza. Se trataba, por supuesto, de movimientos conspirativos e insurreccionales destinados a derrocar a los poderes constituidos, incluso por medio del terrorismo.

Lo que se teorizó como norma estratégica para Europa en 1847-71 es obviamente lo mismo hoy⁴ para los Estados atrasados de Asia y África gobernados por formas de Estado precapitalistas.

Pero, sin perder de vista las diferencias geográficas e históricas, existe en ambos casos, según la esencia del marxismo, un hecho básico común fundamental. No se trata sólo del concepto de revolución permanente, que significa apoyar estas insurrecciones y revueltas para que de ellas se derive directamente la rebelión de los proletarios contra los burgueses. Tampoco basta con saber que, de acuerdo con las leyes históricas generales del curso de las revoluciones, serán los demócratas burgueses quienes ataquen a los obreros y los masacren después de haber obtenido la victoria, (en 1928,

⁴ Cabe recordar que este texto fue publicado en el nº4 de *Il programma comunista* del 25 de febrero al 10 de marzo de 1958.

este criterio debería haber servido para predecir que el Kuomintang se comportaría como verdugo de los comunistas en China, al igual que la monarquía burguesa lo había hecho en Francia en 1831, la II República en 1849 y la III República en 1871, por no hablar de la I República contra Babeuf y los *Égaux*).

Este es un hecho y un carácter esencial que va más allá de la afortunada elección del momento estratégico para atacar a los aliados del día anterior (del que sólo hay un ejemplo, el Octubre ruso), porque es un carácter que concierne a la teoría y a la doctrina, sin el cual no puede haber movimiento revolucionario, y que, como la capacidad estratégica, sólo puede poseer el Partido, mientras que la clase amorfa e inmediata “se hunde en la doctrina de aquellos con los que marcha”, por lo que es absurdo consultarla siempre y en todas partes.

Cuando el Partido marxista elige a los aliados de los comunistas en ciertos momentos críticos de la historia, posee ya por completo la negación abierta, la crítica, mejor, la demolición sin ambages de toda «superestructura ideológica» de sus aliados en la guerra civil; no la calla, no la oculta ni un segundo ni siquiera en medio del choque de armas. “Los comunistas nunca ocultan sus objetivos”.

Este resultado, que sería y es imposible en un mitin, en un frente, extendido al nivel de la superestructura, como es la regla en toda agitación pacifista, propagandista, pedagogista, legalista, constitucional, parlamentaria, depende de la existencia de un partido sólido de la clase proletaria; un partido que no puede ser poco numeroso sin que las grandes masas se contagien de las ideologías enemigas profesadas por los «aliados»; un partido que no puede ser grande y popular sin perder la capacidad vital de dominar toda la teoría, a causa de la entrada en sus filas de obreros todavía bajo la influencia de las teorías contrarias o, lo que es peor, de capas pequeñoburguesas, antirrevolucionarias por naturaleza en el momento de la lucha por el socialismo.

Que esta doctrina existe desde 1848 lo prueban no sólo los textos, cuya fuerza vital queda demostrada por el hecho de que han reunido a multitud de luchadores de clase en todo el mundo y durante un siglo; lo prueba también la existencia en el mundo de países en los que la fase de la lucha de clases definitiva entre capitalistas y asalariados se ha realizado plenamente. En 1848, era Inglaterra, y (recordemos este pasaje dialéctico) si la escuela teórica era alemana y la vanguardia combatiente francesa, da lo mismo. ¡Eso era la Internacional!

En 1918, toda la Europa continental luchó con las armas en la mano y reivindicó la teoría, pero todo eso no fue suficiente; ya hemos tratado extensamente la historia de la infección oportunista.

En el período actual, todos los grandes partidos del proletariado no son más que una red de cloacas por las que fluye el líquido nauseabundo de las ideologías políticas burguesas, de la apología del liberalismo, del constitucionalismo, de toda una serie de ignominias.

La ruptura inexorable entre las superestructuras de clases opuestas, incluso en los momentos en que están físicamente -infraestructuralmente- lanzadas contra un enemigo común, está inscrita en la doctrina revolucionaria; haciendo del Partido Comunista el depositario de la posición del futuro hombre social comunista, esta doctrina proclama -aquí volvemos a los *Grundrisse*, fundamento de todo un siglo de marxismo- que, si bien la forma burguesa debe triunfar en la lucha histórica cuerpo a cuerpo con las formas precapitalistas, éstas le eran, sin embargo, superiores en comparación con el orden social que está en el corazón del único programa de nuestro Partido, el orden social hacia el que tendemos, hacia el que el Partido conduce a la clase obrera a la batalla.

Llegar a esta gran verdad, que significa la muerte por infamia del individualismo, de toda ideología y práctica individualista, es la clave de la victoria, hoy en la teoría, mañana en la historia, del futuro hombre-sociedad; y sólo el partido puede alcanzar tan gran resultado.

¿Qué castigo habría que infligir a quienes buscan garantías contra el culto a los grandes hombres, a los grandes dirigentes y a los divos, poniendo en tela de juicio la primacía hoy del partido, primacía que mañana sólo podrá ser la de la clase cuando ésta, habiendo triunfado, ya no sea clase? El Partido Comunista no tiene grandes nombres, no tiene divos, ni siquiera Marx o Lenin; es una fuerza que extrae su potencial de una humanidad aún por nacer, cuya vida será comunitaria y de especie, desde las funciones manuales más simples hasta las actividades mentales más complejas y difíciles. Definamos el partido: es la proyección en el presente del *Homo-Gemeinwesen* del mañana.

El fin de la sociedad no ha de ser la producción, sino el hombre

Grundrisse, p. 387⁵. Elogio de la sociedad clásica grecorromana.

Los Antiguos nunca se molestaron en investigar qué forma de propiedad de la tierra, etc., era la más productiva o la más fértil en términos de riqueza. Aunque Catón se preguntara cuál era la forma más ventajosa de cultivar sus tierras, o Bruto prestara su dinero al tipo más alto, la riqueza no parece ser el objetivo de la producción en esta sociedad. Lo que se busca es la forma de propiedad que tenga más probabilidades de producir los mejores ciudadanos. La riqueza sólo aparece como un fin en sí mismo entre los escasos pueblos mercaderes que monopolizan el comercio del transporte [comercio del transporte en el texto: navegación comercial y caravaneo: fenicios, cartagineses...] que viven en los poros del mundo antiguo, como los judíos en la sociedad medieval. En la actualidad [es decir, en la era capitalista] la riqueza es, por un lado, una cosa realizada en cosas [mercancías], producción material, y el hombre se opone a ella como sujeto; por otro lado, como valor, no es más que el poder de mandar sobre el trabajo de otros con el objetivo no de ejercer dominio, sino de obtener disfrute de él, y así sucesivamente. Si es un fin en sí misma, la riqueza tiene una forma material, ya sea como cosa o como relación mediada por una cosa contingente externa al individuo.

Así pues, qué sublime parece la concepción antigua que hacía del hombre, cualquiera que fuese la estrechez de su base nacional, religiosa y política, el fin de la producción, en comparación con la del mundo moderno, donde el fin del hombre es la producción, y la riqueza el fin de la producción.

Conviene hacer aquí un breve inciso para hacer legible un pasaje difícil. Después de declarar que la superestructura socioideológica del mundo clásico, a pesar de sus limitaciones (como la exclusión del esclavo del estado de ciudadano libre), era superior a la del mundo burgués moderno, que sin embargo era muy superior desde el punto de vista científico, tecnológico y económico, Marx pasa a contrastar el capitalismo no con la antigüedad romana, sino con «nuestra» sociedad comunista.

5 Éditions Sociales, tomo 1, p. 424 et 425. Grundrisse, 2 bis. *Supplément au chapitre du Capital*, p. 21-23, Éditions 10.18.

Pero, en realidad, ¿qué será la riqueza una vez despojada de su forma burguesa, todavía limitada? ¿Si no la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc. de los individuos, universalidad producida en el intercambio universal? ¿Si no la dominación plenamente desarrollada del hombre sobre las fuerzas naturales, sobre la naturaleza misma así como sobre su propia naturaleza?

Habiendo llegado a este formidable punto, el editor se tomó el tiempo de interponer un violento latigazo a aquellos llamados marxistas que se inclinan a abandonarse a las debilidades y lujurias de su sensibilidad animal y que se excusan vilmente con argumentos deterministas.

¿Si no el pleno desarrollo de sus capacidades creadoras, sin ningún otro presupuesto [esto quiere decir mito, dios, idea inmanente, Ego consciente de existir, ser o querer...], en otras palabras, el desarrollo de todas las fuerzas humanas como tales, sin que se midan con una norma preestablecida [léase: ley, moral natural, filosofía absoluta, etc.]? El hombre no se reproducirá como unilateralidad, sino como totalidad. No buscará seguir siendo algo que ya ha sido [que ya se ha desarrollado], sino que se insertará en el movimiento absoluto del devenir.

La impetuosa sucesión de furiosos signos de interrogación de este texto, escrito en la lengua original del autor, es tan buena como cualquier exposición de la dialéctica materialista contra todo idealismo y metafísica.

La acusación del orden capitalista, visto tanto desde el pasado como desde el futuro, aún no ha terminado:

En la economía burguesa y en la época correspondiente, en lugar de la realización completa de la interioridad humana, se produce el despojamiento completo [del trabajo y del propio trabajador]; esta objetivación universal aparece como total y la inversión [en la práctica humana] de todas las trabas unilaterales [vivir, sobrevivir, reproducirse] como sacrificio de la meta en sí [de la meta universalmente humana y, por tanto, también subjetiva] a una meta completamente externa [la inexorable y enloquecida producción mercantil]. Por eso el mundo juvenil de la antigüedad aparece como un mundo superior. Y de hecho lo es, allí

donde buscamos una figura acabada, una forma y unos contornos bien definidos [pueblo romano, *polis* ateniense...]. Es una satisfacción [el trabajo del hombre, cuya finalidad no es la producción, sino el hombre mismo] a escala limitada, mientras que el mundo moderno nos deja insatisfechos. O si nos satisface, es trivial.

La naciente civilización burguesa triunfó porque tenía su lugar en el curso del desarrollo histórico; pero desde la cuna nuestra doctrina grabó en ella con signos indelebles su inscripción funeraria.

Conclusión: en defensa de un programa mundial de la organización comunista revolucionaria

Después de esta carrera por los términos de la cuestión nacional y colonial, que pone en escena todas las formas o modos de producción, desde los más antiguos hasta los más modernos -como hizo Lenin para Rusia en 1917-21 en su clásico *discurso sobre el impuesto en especie*, y a la espera de volver en profundidad sobre todos los aspectos histórico-geográficos del inmenso drama que seguimos de hora en hora-, retomaremos los fundamentos de los *Grundrisse* de Marx que ya hemos utilizado.

Evalúamos toda forma social, pasada o presente, cercana o lejana, comparándola con las características que nuestra doctrina ha labrado para nuestro superenemigo número uno: la forma asalariada mercantil, es decir, el capitalismo. Y sobre todo, como programa doctrinal y diana de lucha, reivindicamos la forma antimercantil del mañana, cuya fórmula básica ya hemos dado: ya no hombres sometidos a la locura de la producción, sino producción orientada a satisfacer la plenitud serena de la vida humana, del hombre-especie, y, si se nos permite, puesto que

partimos de la restringida y consanguínea horda tribal, vamos más allá de la raza y la nación, del hombre-humanidad.

Antes de dar, en palabras y frases del propio Marx, una lista sumaria de las diferentes formas, daremos expresión rigurosa al supremo teorema histórico. La lección banal del socialismo, tal como la presentaron vagamente los premarxistas y las mil variedades posteriores de deformadores del marxismo, es condenar el capitalismo como la «apropiación» por los individuos de categorías de objetos conquistados por el hombre sobre la naturaleza en el curso de las generaciones. Nuestra lección del socialismo es la destrucción del capitalismo como «expropiación» de toda la humanidad (y sobre todo de aquella parte de la humanidad en la que el individuo se reduce a la forma tan cacareada por la ideología burguesa del «trabajador libre»), la «expropiación» de su vínculo objetivo con la naturaleza y con la forma en que, en el curso de generaciones, el hombre ha transformado su dominio material mediante una serie de conquistas gloriosas y dolorosas.

El vínculo objetivo entre las condiciones naturales en las que el hombre trabaja y el hombre mismo como objeto individual y colectivo sigue vivo en las formas más antiguas que el capitalismo destruye; desaparece en la forma burguesa demente en la que el trabajador tiene una existencia puramente subjetiva y en la que todo el mundo de la naturaleza y de las conquistas de su especie se le opone como un extraño, como un enemigo, como “un monstruo que lo devora disipando la ilusión de que un individuo libre puede vivir de él devorándolo a su vez”.

La concepción banal según la cual la revolución proletaria consiste en expulsar a los usurpadores que han pecado contra el Espíritu Santo ha permitido reducir la reivindicación socialista a las posiciones más estúpidas que no sólo no salen del marco de la forma burguesa mercantil, sino que, lo que es peor, son completamente ajenas a la trayectoria histórica de la humanidad y de sus diferentes partes: la apropiación del capital por el sindicato, el comité de empresa, la comuna o el Estado, que no son sino formas degeneradas y paranoicas de su apropiación privada y personal.

Desarrollo histórico en Europa

En el primer comunismo tribal, ya sea en la horda nómada o en la aldea establecida en un territorio agrícola, todo es propiedad, temporal o estable, de toda la

comunidad. Cada uno de sus miembros es propietario o copropietario, al igual que los demás, de las condiciones de trabajo: la tierra, los rebaños, las primeras herramientas de trabajo, los productos del trabajo. Estos elementos son una prolongación material del cuerpo orgánico del hombre y de sus artes. La propiedad es una prolongación del hombre, como el instrumento de producción es una prolongación de su mano prensil. Este hombre primitivo existe objetivamente en sus relaciones con los objetos y la naturaleza, y no subjetivamente como hoy en el mito del ciudadano deliberativo, pero al que la naturaleza y su verdadera conquista humana se le han cerrado como una puerta en las narices.

En la segunda forma tribal, la propiedad seguía siendo común a todos, pero se producía una subdivisión temporal de las condiciones de trabajo entre grupos familiares y, a través de ellos, de la tierra a trabajar. La propiedad seguía siendo colectiva, mientras que la posesión pasaba a ser individual, pero no se rompía el vínculo entre el hombre y las condiciones de su trabajo. Esta evolución sigue de cerca la de la familia: hacia la monogamia, a partir del matrimonio colectivo entre miembros de ambos sexos de la horda, la gran forma antiindividualista de las «fratrías» descrita magistralmente por Engels.

Forma de propiedad libre de los trabajadores. Forma clásica romana. La tierra de la comunidad se reparte entre los ciudadanos y sus familias que la trabajan. Una parte de la tierra seguía siendo común: el *ager publicus*, y toda la comunidad era libre de utilizarla. Cada miembro de la comunidad es propietario de la tierra. En el centro estaba la ciudad-estado (*polis, civitas*), que era especialmente belicosa. El ciudadano propietario era también un soldado combatiente. A medida que crecía la población, la ciudad conquistaba nuevas tierras, que repartía entre los legionarios.

Forma germánica. La ciudad era menos importante que en la forma romana. Los cabezas de familia vivían lejos (la tierra era menos fértil y las poblaciones escasas y aún seminómadas) y sólo se reunían periódicamente para discutir asuntos y repartirse las tierras por rotación (quizá por sorteo). El Estado no está centralizado.

En todas estas formas, el trabajador está vinculado a las condiciones de su trabajo. ¿Se rompió este vínculo objetivo con la esclavitud y la servidumbre (horrores aborrecidos por el liberalismo burgués)? La respuesta de nuestra doctrina es profunda. El esclavo y el siervo de la gleba están menos brutalmente separados de las condiciones

de su trabajo que el obrero moderno. Cuando las tribus, libres para desplazarse o asentarse geográficamente, llegan a ser demasiado numerosas para la superficie disponible, entran en guerra. La guerra es un fenómeno de división del trabajo; ciertos miembros de la horda, tal vez los cazadores acostumbrados a una lucha sangrienta, son asignados a defender la vida y el trabajo de todos. Si una tribu enemiga es derrotada, ¿qué ocurre con ella? Engels cuenta cómo, entre los antiguos aborígenes de América, era exterminada; esto protegía a la tribu vencedora de la mezcla de sangres, pero sobre todo y de forma determinista, del triste futuro de la división en clases y del nacimiento del poder estatal. La esclavitud apareció bajo la forma europeo-romana. Pero al igual que la tierra se repartía entre los ciudadanos, que eran todos agricultores y soldados, también lo eran los prisioneros, después de haber seguido los carros del triunfo de la unidad superior, la ciudad-comunidad. En Europa, la esclavitud adoptó una forma privada.

A la larga, los individuos libres se dividían en patricios y plebeyos (según el marxismo, la distinción original es que los plebeyos tienen la plena propiedad quiritaria de la tierra que trabajan y un derecho de disfrute sobre el *ager publicus*, que primero es administrado y luego parcialmente conquistado como propiedad por los patricios, lo que es el origen de la propiedad de la tierra a gran escala); pero todos ellos pueden poseer esclavos.

El esclavo es visto como una parte objetiva de las condiciones de trabajo del individuo libre que lo ha conquistado mediante la lucha, al igual que su tierra. Pero el esclavo, en esta forma objetiva y pasiva, no está separado de la tierra y de sus frutos; los toma con su amo y, debido a la nueva división social del trabajo y a su interés común, el primero tendrá que comer sólo lo que el segundo pueda obtener. El esclavo queda reducido a las condiciones del animal de granja que el amo defiende y alimenta, y (puesto que el antropófago, en sus raras apariciones, ha desaparecido) sirve, como afirma el Génesis, como colaborador del hombre del mismo modo que el buey, pero no como reserva de carne como éste.

Hay que fijarse en las demás características de la forma romana. La ciudad prevalecía sobre el campo por razones de liderazgo político y militar, pero el trabajo agrícola era más noble que la artesanía urbana (lo contrario ocurriría en la Edad Media). Poco a poco, las familias urbanas y las gentes nobles, que idealmente

pretendían descender de tribus nativas puras, ya no se definían por la herencia de la sangre, sino por las circunscripciones territoriales de los barrios residenciales a los que tenían acceso todos los individuos libres. Éstas son las admirables constituciones del *demos* ateniense y de los comicios romanos, que la despreciable época capitalista no ha hecho más que copiar, sin saber ir más allá de ellas, y sin liberarse del corporativismo medieval del comercio, aunque sólo sea en teoría (lo mismo puede decirse de tropas enteras de pseudomarxistas que olvidan que sólo la abolición de la división social del trabajo puede ir más allá de estas formas).

Tomemos el difícil camino de los *Grundrisse* y hablemos de la forma germánica. El esclavo-prisionero también apareció entre estos pueblos, pero quizá sólo al servicio del condottiere. La servidumbre llegó más tarde, y sobre todo cuando la oleada de estos pueblos errantes rompió el vínculo unitario del Estado imperial romano, garantía suprema de la estabilidad del trabajador libre en su tierra, es decir, de su vínculo humano con las condiciones de su trabajo, la más noble y única expresión de libertad conocida por la humanidad hasta entonces. La servidumbre, que tanto desprecia el cretino burgués, es una forma que surge no tanto de un acto de fuerza como de una división consensuada de las tareas sociales. El miembro de la Orden Teutónica, que ha cambiado el carro por la tierra, se ha convertido en un pacifista: ya no tiene el Estado y la patria del legionario-campesino romano. Ya no podía trabajar o al menos cosechar el producto de su sudor si no se asociaba a un señor guerrero, en una forma clasista con una concentración muy baja del poder estatal. El siervo trabaja la tierra y su señor lleva una espada y derrama su sangre para mantener la tierra a salvo. Disfrutan juntos los productos de la misma.

En resumen, en todas estas formas, el trabajador permanece ligado a las condiciones de su trabajo. Los esclavos y los siervos no van a la guerra, pero es por ellos y no por sí mismos por lo que lucha el ciudadano libre, plebeyo o patricio (infantería o caballería), o el caballero medieval, poniendo su vida en juego para que el vínculo entre el hombre y las condiciones de su trabajo no sea roto por el enemigo.

Comunismo primitivo total, comunismo con rotación de posesiones, propiedad libre del trabajo, esclavitud, servidumbre del suelo.

Esta serie continúa en el modo capitalista. Y no tiene sentido describirlo, ya que nos infesta por todos lados. Marx no es uno de esos economistas que se fijan como

objetivo encontrar las leyes eternas que los falsificadores de mañana querrán imponer al propio socialismo. Marx describe el fin y la muerte del mundo capitalista acusándolo de haber perpetrado, contrariamente a todas las formas pasadas así como a la forma comunista futura, y por tanto por primera y única vez, el crimen contra natura que consiste en separar la carne del hombre vivo de las condiciones objetivas de su vida y de su actividad, que se realizan en su trabajo; y es como un artesano musculoso que clava el clavo a grandes golpes, remachando al capitalismo a su infamia total y a su ineluctable destrucción revolucionaria.

Desarrollo histórico en Asia

Este inmenso continente, donde nació la forma social humana, ¿no formaría parte de este colosal arco que abarca milenios! Semejante absurdo sólo podría provenir de una comprensión del marxismo como teoría engendrada en el seno de la sociedad burguesa, que hace de la liberación del asalariado frente al burgués una copia estéril de la del esclavo frente al amo, del siervo frente al noble o del súbdito frente al monarca.

En la concepción de Marx, el mismo contenido real y doctrinal anima tanto la historia asiática como la europea.

La serie asiática parte de las dos formas de propiedad y posesión comunes a la tribu primitiva; pero en lugar del establecimiento de una jerarquía de tribus, vemos, por regla general, la formación temprana de un poder central que se impone a todas las tribus. Para el historiador idealista, este centro tomará la forma del Dios, del Mito, de la casta sacerdotal, del Profeta, del Héroe, del Conquistador, del Rey, del Emperador, del Hijo del Cielo. Para nosotros, la diferencia, que no altera la línea universal de la gran serie, consiste en el gran peligro que representa para la pacífica fraternidad original, no la unidad humana vecina, sino la cólera de la naturaleza, el hambre, la inundación o el cataclismo telúrico. Esto dio lugar a una particular división del trabajo, según la cual la comunidad aldeana debía pagar tributo con parte del producto de su trabajo a la unidad central, que regulaba los ríos y organizaba el territorio con las primeras obras públicas a gran escala. Así nacieron por primera vez el Estado, las magistraturas jerárquicas y los ejércitos civiles -como tal vez el lejano ejército de los Vigilantes, para la Guerra contra la Naturaleza que también tendrá que librar la humanidad de mañana...

Estas formas también dieron lugar a la propiedad campesina libre (aunque no tan fuertemente protegida por el gobierno central como en las formas europeas clásicas), la esclavitud y la servidumbre. Pero los esclavos lo eran más del Estado, representado en su función útil por el Déspota (que nacía en la gran figura legendaria del Patriarca; de ahí el nombre de la forma patriarcal asiática) que de los particulares ricos; cuando una nobleza local quería exprimir a los siervos de la tierra, el poder monárquico y administrativo luchaba contra ella. La forma del Rey como jefe de la clase obrera (Trotsky) no es desconocida en Europa: el sur de Italia, tan calumniado, fue escenario de duras luchas contra los barones (derrotados durante dos siglos y más, y mal resucitados con fines electorales en esta segunda parte del siglo XX, aún más repulsiva, por asquerosos demagogos que se atreven a hablar de Marx y Lenin) encabezadas por los reyes suevos, angevinos y españoles, junto a auténticas revueltas de aldeas agrícolas y muchedumbres urbanas.

También en la serie asiática, la primera en surgir fue la ciudad, donde el poder tenía las ramificaciones de su «genio civil y militar» y donde, como en la Edad Media europea, se establecieron las manufacturas y los oficios urbanos. Antes que Europa, aparecieron allí la moneda y los mercados nacionales e internacionales. Antes de Europa, las clases intelectuales y cultivadas, adoradoras insaciables del mercado y del sistema monetario, lastraban a la sociedad, y sólo su denuncia consciente, como la de Babeuf tras la Revolución Francesa, opuso históricamente la Fuerza a la Razón, denuncia de la que el campesino era incapaz.

Hoy, sin embargo, la Fuerza emerge desde abajo en formidables revueltas, precisamente en un momento histórico en el que los *sans-réserves* occidentales, los despojados de las condiciones naturales de su trabajo, los proletarios, parecen haber olvidado la revuelta a pedradas contra los educados, los especialistas y los mandamases, los pretorianos y los policías estatales y de clase de todo tipo.

Por el único camino global de la revolución antimercantil

No necesitamos recordar cómo la forma eslava sirvió de enlace entre las formas europea y asiática: hemos descrito extensamente en otro lugar cómo Rusia adquirió un feudalismo de Estado y luego un capitalismo de Estado después de que su revolución

cortara el cordón umbilical que la unía a la dinámica revolucionaria mundial de la concepción marxista, y destruyera luego la organización que la expresaba.

El odio del campesinado chino y oriental contra el mercantilismo nacional y extranjero, que pone en peligro los escasos alimentos extraídos de la tierra, pudo ser dirigido en el difícil pasaje por un pequeño proletariado industrial poniéndose desde las ciudades (teatros de escenas de rebelión no inferiores a las mejores tradiciones europeas) a la cabeza de la revolución.

La ayuda de la Rusia proletaria revolucionaria habría bastado para asegurar el triunfo, incluso en la China actual, de la dictadura de los proletarios ahora separados de todo vínculo con sus condiciones de trabajo, es decir, “sin tener nada que perder en la revolución salvo sus cadenas, y un mundo que ganar” -el mundo de la objetividad naturaleza-tecnología- si la contrarrevolución capitalista no hubiera logrado con sus victorias en el período posterior a la Primera Guerra Mundial, con la ayuda de traidores como siempre, cortar el vínculo entre las masas del proletariado europeo y los proletarios rusos.

Entonces habría triunfado la tesis leninista de la conjunción de la lucha contra el capital imperialista por parte de los obreros de las metrópolis y los siervos de color del Este. Pero en los años cruciales de 1917 a 1923 se perdió la batalla suprema, y la historia tendrá que repetirla mañana.

No debe caber duda entonces de que ganar la batalla de la teoría, que describe el capitalismo en su esencia más profunda como la separación del obrero de las condiciones de trabajo, no significa introducir una definición fría en una ciencia pasiva; sino que para el comunismo dialéctico significa emitir la instrucción incendiaria de luchar por la destrucción del sistema capitalista. El obrero está desvinculado de la tierra, de las herramientas de su oficio y del producto de su trabajo, puesto que ya no puede poner sus manos sobre ninguna de estas condiciones; está reducido a una función subjetiva muerta y perdida, puesto que sólo puede poner sus manos sobre una cosa: ese puñado de dinero despreciable que constituye su salario y que es su única propiedad.

La caracterización marxista del modo capitalista en los términos que hemos utilizado, que sitúan por encima de él todas las formas históricas más antiguas en las que el hombre no fue expulsado de la naturaleza y reducido a un engranaje del

monstruoso autómeta de la producción, expresa que la dictadura revolucionaria del proletariado debe apuntar a un solo blanco: el infame mecanismo de la mercancía y el dinero. Si se falla este blanco, será la victoria del monstruo capitalista y no del socialismo, como ocurrió en Rusia. Pero la batalla será librada por un proletariado mundial e interracial que habrá sacado diez veces más fuerzas de este desastre.

La base necesaria para este inevitable enfrentamiento es la concordancia doctrinal entre la trayectoria histórica de la raza blanca y la de las razas del Sur Global, concordancia que debe encontrarse íntegramente en las Tablas fundamentales de la revolución establecidas hace un siglo por Karl Marx -a quien no queremos convertir en el Profeta de la clase expropiada por el Capital de su ser en la Naturaleza y en la Vida- frente a las cuales los blasfemos serán azotados hoy y exterminados mañana.